

# LUMEN

## NARRACION PRIMERA

RESURRECTIO PRÆTERITI

---

### I

QUÆRENS. — Me habeis prometido, ¡ oh Lumen !  
hacerme la relacion de esa hora extraña, extraña  
entre todas, que siguió á vuestro postrer suspiro,  
y referirme de qué modo, por una ley natural, si  
bien muy singular, volvisteis á ver el pasado en  
el presente, y penetrasteis un misterio que habia  
permanecido completamente oculto hasta hoy.

LUMEN. — Si, mi antiguo amigo, voy á cumplir  
mi promesa, y gracias á la larga correspondencia  
de nuestras almas, espero que comprendereis ese  
fenómeno « extraño », como vos le calificais. La

muerte que me ha libertado de los sentidos débiles y fatigosos del cuerpo no os ha tocado todavía con su mano protectora. Perteneceis al mundo de los vivos. Apesar del aislamiento de vuestro retiro, en esas reales torres del *faubourg Saint-Jacques*, á donde el profano no viene á distraeros en vuestras meditaciones, formais parte no obstante, de la existencia terrestre y de sus superficiales preocupaciones. No os admireis pues si en el momento de asociaros al conocimiento de mi misterio, os invito á aislaros todavía mas de las pompas exteriores y á prestarme toda la *intensidad de atencion* que vuestro espíritu es capaz de concentrar en sí mismo.

QUÆRENS. — No tengo oídos mas que para escucharos, ¡oh Lumen! y no tengo espíritu mas que para procurar comprenderos. Hablad, pues, sin temor y sin rodeos, y dignaos hacerme comprender esas impresiones desconocidas para mí que suceden á la cesacion de la vida.

LUMEN. — ¡Por dónde quereis que comience mi relacion?

QUÆRENS. — Si conservais el recuerdo, desearia que comenzaseis desde el momento en que mi mano temblorosa os cerró los ojos...

LUMEN. — ¡Oh! la separacion del principio

pensador y del organismo nervioso no deja en el alma ningun género de recuerdo. Es como si las impresiones del cerebro, que constituyen la armonía de la memoria, se borrasen enteramente para renovarse en seguida bajo otra forma. La primera sensacion de identidad que se experimenta despues de la muerte se parece á la que se siente al despertar durante la vida, cuando, viniendo poco á poco á la realidad de la mañana, está uno todavía dominado por las visiones de la noche. Solicitado por el porvenir y por el pasado, el espíritu procura á la vez recobrar el pleno dominio de sí mismo y apoderarse de las impresiones fugitivas de los sueños desvanecidos, que le dominan aun, con su comitiva de acontecimientos diversos. Alguna vez, absorvido en esta *retrospeccion* de unos sueños agradables, vuelve á cerrar los ojos, sintiendo reanudarse las visiones y prolongarse el espectáculo; es decir que queda de nuevo entregado á los sueños y á una especie de semi-sueño. De este modo se balancea nuestra facultad pensadora al salir de esta vida, entre una realidad que no comprende aun, y unos sueños que no están completamente desechados. Las impresiones mas contrarias se mezclan y se confunden, y si, bajo el peso de los sentimientos percederos, se

echa de ménos la tierra de la que se acaba de ser desterrado, entónces se halla uno abrumado por un sentimiento de tristeza indefinible que pesa sobre nuestros pensamientos, nos envuelve entre tinieblas y retarda el discernimiento.

QUERENS. — Decidme, ¿habeis experimentado esas sensaciones inmediatamente despues de la muerte?

LUMEN. — ¿Despues de la muerte? Pero si la muerte no existe. El hecho que designais con este nombre, la separacion del cuerpo y el alma, no se efectuan bajo una forma material, comparable á las separaciones químicas de los elementos desasociados que se observan en el mundo físico. No se apercibe uno de esta separacion definitiva, que os parece tan cruel del mismo modo que el niño recién nacido no se apercibe de su nacimiento. Somos procreados en la vida celeste como lo fuimos en la vida terrestre; solamente que libre el alma de las mantillas corporales con que se la envuelve aquí abajo, adquiere mas pronto la nocion de su estado y de su personalidad. Esta facultad de percepcion varia, sin embargo, esencialmente de una á otra alma. Las hay que durante la vida del cuerpo no se elevaron jamás hácia el cielo ni se sintieron nunca ansiosas de penetrar

las leyes de la creacion. Estas almas, dominadas aun por los apetitos corporales, permanecen largo tiempo en estado de confusion y de *inconciencia*. Pero existen otras felizmente que desde esta vida dirigieron su vuelo hácia las regiones de la belleza eterna; estas ven llegar con calma y severidad el instante de la separacion: saben que el progreso es la ley de la existencia y que entrarán allá en una vida superior á la de aquí; siguen paso á paso la letargia que sube á su corazon, y cuando el último latido, lento é insensible, se para en su curso, están ya por encima de sus cuerpos, cuyo endormecimiento han observado; y, desprendiéndose de los lazos magnéticos, se sienten rápidamente impelidas por una fuerza desconocida hácia el punto de la creacion á donde sus aspiraciones, sus sentimientos y sus esperanzas les atraen.

QUERENS. — La plática que comienzo á tener en este instante con vos, mi querido maestro, me hace recordar los diálogos de Platon sobre la inmortalidad del alma; y lo mismo que Fedra le preguntaba á su maestro Sócrates, el dia en que éste debia tomar la *cicuta* para obedecer á la inicua sentencia de los Atenenses, os preguntaré, á vos que habeis pasado el término fatal, qué diferencia esencial distingue al alma del

cuerpo, puesto que éste muere, mientras que la primera no muere.

LUMEN. — No daré á esta pregunta una respuesta metafísica, como la de Sócrates, ni una respuesta dogmática, como la de los teólogos, sino una respuesta científica, pues vos como yo, no damos valor mas que á los hechos comprobados por los métodos positivos. Hay en el hombre, lo mismo que en el universo, tres principios completamente distintos : 1º el cuerpo ; 2º la fuerza vital y 3º el alma.

Los cito por este orden para seguir el método *à posteriori*. El cuerpo es un conjunto de moléculas, formadas á su vez por un agrupamiento de átomos. Los átomos, son inertes, pasivos, inmutables é indestructibles. Penetran en el organismo por la respiracion y la alimentacion, renuevan incessantemente los tejidos, son reemplazados por otros, y van á pertenecer á otros cuerpos. En algunos meses el cuerpo humano se halla completamente renovado, y ni en la sangre, ni en la carne, ni en el cerebro, ni en los huesos, no queda ya un átomo de los que constituian el cuerpo algunos meses ántes. Por el gran medio de la atmósfera sobre todo, los átomos viajan sin cesar de un cuerpo á otro. La molécula de hierro

es la misma, ya esté incorporada á la sangre que palpita en las sienas de un hombre ilustre, ya pertenezca á un vil fragmento de hierro enmohecido. La molécula de oxígeno es la misma, ya brille en la mirada amorosa de la mujer amada, ya sea que mezclándose con el hidrógeno despida su llama en una de las infinitas luces que alumbran á Paris de noche, en donde cae como una gota de agua del seno de las nubes. Los cuerpos actualmente vivos están formados con las cenizas de los muertos, y si todos los muertos resucitasen, faltarian á los últimos en resucitar muchos fragmentos que habrian pertenecido á los primeros ; y hasta durante la vida, se hacen muchos cambios, entre enemigos como entre amigos, entre los hombres, los animales y las plantas, que asombrarian singularmente el ojo analizador. Lo que respirais, comeis y bebeis, ha sido ya respirado, comido y bebido millares de veces. — Tal es el cuerpo : un conjunto de moléculas materiales que se renuevan constantemente.

La fuerza vital, la vida, es el principio que rige en la agrupacion de esas moléculas en una forma dada, para constituir un organismo. La fuerza rige los átomos pasivos, incapaces de manejarse por si mismos, inertes ; ellas los llama, los hace

venir, los coge, los coloca siguiendo ciertas reglas, y forma ese cuerpo tan maravillosamente organizado que no se cansan de contemplar el anatomista y el fisiologista. Los átomos son indestructibles; la fuerza vital no lo es. Los átomos no tienen edad; la fuerza vital nace, envejece y muere. Un octogenario tiene mas edad que un adolescente de veinte años. ¿Por qué? Los átomos que lo constituyen no están en él sino desde hace solo algunos meses, y además no son ni viejos ni jóvenes. Analizado, los elementos constitutivos de su cuerpo no tienen edad. — ¿Qué ha envejecido en él? Su fuerza vital, usada y estinguida. Lo mismo que el calor y que la electricidad, la vida es una fuerza engendrada por ciertas causas. Se trasmite por la generacion. Entretiene instintivamente el cuerpo sin tener conciencia de sí misma. Tiene un principio y un fin. Es el principio vital: fuerza física inconsciente, organizadora y conservadora del cuerpo.

El alma es un ser intelectual, pensador é inmaterial. El mundo de las ideas, en que vive, no es el mundo de la materia. No tiene edad, no envejece. No experimenta cambio en un mes ó dos, como el cuerpo, puesto que despues de varios años, sentimos que hemos guardado nuestra iden-

tividad, que nuestro *yo* permanece. De otro modo, si el alma no existiese, y si la facultad de pensar fuese una propiedad del cerebro, no podríamos seguir diciendo que *tenemos* un cuerpo: seria nuestro cuerpo, nuestro cerebro *quien nos tendría*. Además, de periodo en periodo, cambiaria nuestra conciencia, no tendríamos la certeza ni aun el simple sentimiento de nuestra identidad, y no seríamos ya responsables de las resoluciones secretadas por las moléculas que pasaron por nuestro cerebro varios meses ántes. El alma no es la fuerza vital, por esta es medible, se trasmite por generacion, no tiene conciencia de sí misma, nace, crece, declina y muere... estados enteramente opuestos á los del alma, inmaterial, sin medida, no trasmisible, consciente. El desarrollo de la fuerza vital puede ser representado geoméricamente por un huso, que va poco á poco ensanchándose, disminuyendo luego, hasta desaparecer del todo.

Á la mitad de la vida, el alma no se deshincha (si puedo hacer esta comparacion) para achicarse como un huso y tener un fin, pero continua abriendo su parabola, lanzada en el infinito. La manera de existir del alma es además esencialmente distinta de la de la vida. Es una manera *espiritual*. El sen-

umiento de lo justo ó de lo injusto, de lo verdadero ó de lo falso, de lo bueno ó de lo malo; el estudio, las matemáticas, el análisis, la síntesis, la contemplacion, la admiracion, el amor, el afecto ó el odio, la estimacion ó el desprecio, en una palabra, las ocupaciones del alma, sean las que fueren, son del orden intelectual y moral, que no pueden conocer ni los átomos, ni las fuerzas físicas, y que existe tan positivamente como el orden físico.

Esos tres elementos de la persona humana, los volvemos á encontrar en el conjunto del universo : 1º los átomos, los mundos materiales, inertes, pasivos; 2º las fuerzas físicas, activas, que rigen los mundos; 3º Dios, el espíritu eterno é infinito, organizador *intelectual* de las leyes *matemáticas* á las cuales obedecen las fuerzas... Dios desconocido, en quien residen los principios supremos de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno.

El alma no puede estar unida al cuerpo mas que por la fuerza vital intermediaria. Cuando se acaba la vida, el alma se separa naturalmente del organismo y cesa de tener ninguna relacion inmediata con el espacio y el tiempo. No tiene ninguna densidad, ningun peso. Despues de la muerte, el alma se queda en el lugar del cielo en que se en-

cuentra la Tierra en el momento de la separacion. Ya sabeis que la Tierra es un planeta del cielo, lo mismo que Vénus y Júpiter. La Tierra continua recorriendo el largo de su órbita, á razon de 26,800 leguas por hora, de tal suerte que una hora despues de la muerte, el alma se encuentra á esta distancia de su cuerpo, por el solo hecho de desprenderse de las leyes de la materia y de su inmovilidad en el espacio. Así pues nos hallamos en el cielo inmediatamente despues de nuestra muerte, como lo hemos estado todo el tiempo de nuestra vida. Añadiré, sin embargo, que el alma pone generalmente algun tiempo en desprenderse del todo del organismo nervioso, y que algunas veces permanece muchos dias, hasta muchos meses, magnéticamente ligada á su antiguo cuerpo, á quien no quiere abandonar.

QUÆRENS. — Es la primera vez que concibo bajo una forma sensible ese hecho no sobrenatural de la muerte, y que comprendo la existencia individual del alma, su independencia del cuerpo y de la vida, su personalidad y su situacion tan sencilla en el cielo. Esta teoría sintética me prepara, así lo espero, á oír y á apreciar vuestra revelacion.

Un acontecimiento singular hirió vuestra ima-

ginacion, segun me habeis dicho, á vuestra entrada en la vida eterna. ¿Recordais en qué momento fué?

LUMEN. — Perfectamente, amigo mio. Oid atento mi narracion. Daban las doce, como sabeis, en el relój de mi alcoba, y la luna vertia su pálida claridad sobre mi lecho mortuorio, cuando mi hija, mi nieto y sus compatriotas se retiraron para descansar un rato. Vos quisisteis permanecer á mi cabecera, y prometisteis á mi hija que me velariais hasta la mañana siguiente. Os daría gracias por vuestra solicitud tan tierna y afectuosa, si no fuésemos antiguos amigos. Haria como una media hora que estábamos solos, pues el astro de la noche empezaba á declinar hácia la derecha, cuando os cogí las manos y os anuncié que la vida abandonaba ya la extremidad de mis miembros. Me asegurabais lo contrario; pero yo observaba con calma mi estado fisiológico, y sabía que le quadaban pocos instantes á mi respiracion. Os dirigisteis con cautela hácia la habitacion de mis hijos; pero (no sé porqué concentracion de fuerzas) pude conseguir que me oyerais y que volvierais atrás: «Teneis razon, me digisteis, ya conocen vuestras últimas voluntades, y mañana temprano será aun tiempo

de hacer venir vuestros hijos. «Habia en estas palabras una contradiccion de que me hice cargo sin darla á conocer. Quizá recordareis que os rogué entonces que abrieseis la ventana; ¡qué hermosa noche de octubre, mas hermosa que la de los bardos de Escocia cantada por Osian! No léjos del horizonte se distinguian las Pleyadas, ocultas por las neblinas inferiores. Cástor y Polux se cernian victoriosamente en el cielo un poco mas léjos, y mas allá, formando un triángulo constelado con los precedentes, se admiraba en la constelacion del Cochero una bella estrella blanca, que, dibujada en el borde de las cartas zodiacales, se llama *Capella* ó *la Cabra*.

Ya veis que la memoria no me es infiel. En cuanto abristeis la ventana, el perfume de las rosas endormecidas con el silencio de la noche llegó hasta mi lecho, mezclándose con los rayos tranquilos de las estrellas. Expresaros la dulzura que vertieron en mi alma esas impresiones, las últimas que la tierra me consagraba, las últimas que saboreaban mis sentidos no atrofiados todavía, sería superior á mis fuerzas. En mis horas de mayor felicidad y de mas pura alegría, no he experimentado ese placer inmenso, esa severidad sublime, ese goze casi celestial, que me